SOBRE COSAS DE CINE, PARA VARIAR

EMILIO GARCÍA RIERA

Desde que la izquierda puso de moda la palabra elitismo en los años sesenta (creo que fue entonces), desconfío enormemente de su empleo: por lo general sirve para deducir una injusticia social de cualquier inferencia humana. Si algunas personas resultan más inteligentes que otras, o tienen mejor gusto, o mayor deseo de saber cosas, es para muchos por culpa del elitismo, y de ahí que Pol Pot, el comunista —digamos— de Camboya, resolviera matar a gente que usaba anteojos para que la obligación de pertenecer a una especie uniforme y miserable no fuera traicionada por el cálculo individualista y burgués de las dioptrías de cada quien.

Ocurre sin embargo que las denuncias del elitismo también se han hecho frecuentes en gente que nada tiene de izquierdista: por ejemplo, los mercachifles que se amparan en preferencias mayoritarias —reales o supuestas— para suponer que todos no sólo debemos ver la misma televisión y el mismo cine, sino que además, en el caso de los materiales en otras lenguas, debemos verlos del mismo modo: doblados al castellano. La desatención al *rating* es culpa elitista, *y* lo mismo la manía de imponer subtítulos para privar a los analfabetos de las sutilezas del cine de Woody Allen, pongamos por caso.

En referencia a lo último, firmé hace poco con muchos otros un manifiesto justo y moderado —demasiado moderado, para mi gusto— para enfrentar la falaz campaña de unos distribuidores y exhibidores de cine preocupados por la posibilidad de que una nueva ley cinematográfica siga prohibiendo el doblaje de las películas y les haga ceder un poco de sus enormes ganancias para apoyar al cine nacional. Del doblaje ya hedicho muchas veces que esa monstruosidad de ventriloquia desfigura la obra original, atenta contra su integridad, favorece prácticas de censura (hay mil ejemplos) y produce resultados grotescos (¿se imaginan por ejemplo qué haría el doblaje de *Un pez llamado Wanda,* esa comedia que apoya mucho de su enorme gracia en los contrastes de acentos o en el empleo por John Cleese de un italiano y un ruso aberrantes para seducir a Jamie Lee Curtis). En todo caso, quizá podría admitirse que las películas fueran exhibidas en dos versiones: subtituladas en unas salas y dobladas en otras. Entiendo que así se procede en otros países, pero me temo que a nuestros mercachifles del cine no les gustaría esa solución que haría "elitistas" algunas salas con los riesgos económicos correspondientes.

A propósito de sustraer una parte de las ganancias de taquilla para apoyar al cine mexicano, doy por necesario un matiz: se trataría de un apoyo no al cine nacional, sino a los cineastas nacionales. Parece lo mismo, pero no lo es, y trataré de explicar por qué. Desde fines de los años cuarenta, ya cancelada por el fin de la guerra mundial su llamada "época de oro", la industria mexicana de cine disfrutó de excepcionales subvenciones estatales que alentaron en los productores privados la peor rutina, la alergia a cualquier riesgo y la afición a manejos económicos bastante chuecos. Al margen de las más interesantes experiencias del cine de producción estatal o independiente, esa industria no tan privada como subvencionada llegó a los peores extremos de vulgaridad e incompetencia. Al perder en los años ochenta el apoyo estatal, por la desaparición del

Banco Nacional Cinematográfico, los productores privados se sostuvieron con el cultivo de dos últimos géneros, la aventura fronteriza y la pornografía "blanda"; el colapso de una y otra forma ha significado el de la industria clásica: no se fabrica ya desde hace varios años el centenar de churros anuales que dieron por largo tiempo cuerpo al cine nacional.

Nadie puede lamentar en serio el fin de tanto celuloide excrementicio, pero lo malo es que una larga tradición de churrismo alimenta cierta desconfianza por cualquier forma de apoyo oficial al cine. Y sucede que ya no hay una industria como la de antes, pero sí un buen número de cineastas que han mostrado buenas, aun excelentes capacidades, y que hoy, en su inmensa mayoría, no pueden filmar. En el sexenio pasado, el Instituto Mexicano de Cinematografía tuvo medios suficientes para apoyar a esos cineastas no con subvenciones al modo tradicional, sino con una buena política de gestiones y promociones que alentó la inversión de capitales privados y aun extranjeros en la realización de proyectos interesantes. Los resultados fueron muy alentadores: no sólo se logró que cobraran interés por el buen cine nacional grandes capas de espectadores antes indiferentes, como lo ha probado año tras año la Muestra de Cine Mexicano en Guadalajara, sino que bastantes películas tuvieron una amplia difusión internacional y ganaron un considerable número de premios en festivales de todo el mundo.

La crisis del 95 interrumpió ese buen momento. Desde entonces, han sido muy pocas las películas que han logrado filmarse en el país, y me parece muy justo que se busque el modo de reanimar la producción con parte de los enormes ingresos en taquilla que logra en México la muy favorecida —desde siempre— distribución y exhibición de cine extranjero. En otros países, clases empresariales menos avorazadas, poquiteras y silvestres que la mexicana no han visto el apoyo a la vida cultural como una penosa obligación o un favor inmerecido a los pinches intelectuales, esa rara gente empeñada en pensar a su manera y por su cuenta. Es más: ese apoyo es premiado muchas veces con ventajas fiscales, cosa difícil de entender en un país, como México,

donde evadir el pago de los impuestos es visto como un delito más bien menor (eso ha sido dicho con todo cinismo), cuando no inexistente. Entiendo ahora, si de cine mexicano se trata, que se procura ya no tanto de apoyar una industria como una actividad cultural: tal como están las cosas, ningún cine puede prosperar en México que no sea el hecho por gente con capacidades y ganas de contar lo que le interesa; o sea, el llamado cine de autor. Pedir a esos cineastas que depongan su iniciativa creadora para someterse a los imperativos de mercado es tanto como pedírselo (no *pedírselos* por favor) a los escritores o a los artistas plásticos.

No veo ningún interés en que Arturo Ripstein, Felipe Cazals, Jorge Fons, Alfredo Joskowicz, Gabriel Retes, Nicolás Echevarría, Jaime Humberto Hermosillo, Alberto Bohórquez, José Luis García Agraz, María Novaro, Dana Rotberg, Alfredo Gurrola, Carlos Carrera, Francisco Athié, Alfonso Cuarón, Guillermo del Toro y Roberto Sneider, para mencionar sólo a mis preferidos, hagan el cine "que quiere la gente". Prefiero que me sorprendan, como pedía Jean Cocteau a Picasso, y hay un gran público que sin duda también lo prefiere, puesto que muchos de los mencionados han logrado interesarlo con sus películas. Ese público no tiene por qué ser el enloquecido con *Titanic*. Por fortuna, no existe un público único y total; hay muchos públicos, y cada vez habrá más, mal que les pese a los fanáticos del imperio del *rating*.

Otro punto defendido por el manifiesto que firmé me convence menos: es el que pide para el cine mexicano cuotas fijas de cartelera. Si eso nunca se cumplió, pese a estar dispuesto por mucho tiempo, y pese a haber cine mexicano suficiente para sustentar su

conveniencia, ¿qué decir ahora, cuando no hay apenas películas nacionales? Sé muy bien que los distribuidores y exhibidores han favorecido por años y años al cine extranjero sobre el mexicano por razones no siempre claras, ni mucho menos. Si no fuera por eso, uno diría que el buen cine mexicano debería correr los riesgos de la libre competencia en cartelera. De cualquier manera, habrá de procurar modos y vías de exhibición que impidan la prepotencia desleal de quienes manejan material extranjero, pero francamente, me siento en terreno inseguro al hablar de ese tema.

Me siento en terreno inseguro, sobre todo, porque hay datos de que los avances técnicos no tardarán en dar a la exhibición casera de cine ventajas mucho mayores que las que tiene, y que no son pocas, sobre la teatral. Eso puede cambiar mucho las cosas y quitar mucho terreno a los intermediarios, que —ignoro si lo han notado— no cuentan con mis simpatías. Pero creo que el asunto merece otro artículo; quizá lo escriba más adelante 1